

La fiesta, expresión del alma del pueblo, dentro del proceso evolutivo del medio de vida

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA

A ntes de entrar en materia dejaré constancia que he publicado recientemente un trabajo intitulado *Algunas fiestas del ciclo anual*, en itinerario o periplo que lo evitaré en la ocasión presente. Las llamémoslas renombradas e importantes celebraciones festivas, muy tratadas y bastante conocidas, no serán hoy motivo de mi atención. Si las cito será más bien de paso y en *tono menor*, para que sea precisamente su sencillez la que nos sirva de ayuda para acercarnos y contemplar su espíritu.

Me parece que el título que encabeza mi intervención de esta tarde peca de pretencioso, adolece de cierta falta de sentido de la medida, de este sentido de la medida tan preciso en nuestra conducta en las más heterogéneas manifestaciones; pero que en la cotidiana realidad de la vida la relegamos, con frecuencia, al olvido, para desventura nuestra y de todos aquellos con quienes de una u otra manera nos relacionamos. *Baiñan dana dala, Elduko apaizarena*. Sigamos.

Se repite una y otra vez que al hombre se le conoce en las ocasiones, y me parece oportuno añadir otro tanto acerca de los pueblos, de la vida en comunidad, donde se pone de manifiesto, entre otras cualidades, la conducta de solidaridad, que será citada asimismo más adelante en más de una ocasión y que ha sido consustancial al hombre a lo largo de la historia, y sin cuya realidad difícilmente se explicaría su presencia en este nuestro mundo. La cooperación en el trabajo, la colaboración en la fiesta, la solidaridad en las adversas circunstancias.

El alma de un pueblo se expresa de muy diversas maneras, y de forma particular en las fiestas de signo religioso y profano, algunas de ellas de raíz muy antigua.

Cuando Mesonero Romanos se pregunta al comentar el Carnaval y el Miércoles de Ceniza del año 1839 en Madrid: «¿Creéis conocer al hombre cuando sólo pintáis sus excepciones?», le responderé, de acuerdo con lo que he apuntado y lo tengo señalado en el prólogo a mi libro *Carnaval en Navarra*, que es precisamente en esas excepciones cuando se descubren y se exteriorizan mejor que nunca el alma y la personalidad de un pueblo, a nivel individual y colectivo.

En más de una ocasión hemos comprobado que el juicio que nos merecía una persona de trato frecuente era erróneo, debido a su conducta ante un



Juan Garmendia Larrañaga. Miembro de la Sociedad de Estudios Vascos.

hecho que escapa a la relación normal y cotidiana. Consideración que nos lleva a un rectificando de concepto favorable, a veces, y rectificación envuelta en desengaño, en hartas ocasiones. Al respecto, acontecimientos que a los de nuestra edad y a los mayores nos ha tocado vivir han sido pródigos en enseñanzas en ambos sentidos.

De acuerdo con lo que llevamos dicho, el alma de un pueblo se expresa, de manera especial, aunque no exclusiva, ni mucho menos, en la norma de conducta que escapa a la observada ordinariamente, y al estudiar los testimonios festivos, que es lo que hoy nos interesa, debemos tener en cuenta las instituciones socio/económicas de cada tiempo, y éste es un extremo que con demasiada frecuencia pasa inadvertido. De todas las maneras, creo que no nos hallamos muy descaminados al afirmar que hoy la sencillez no está de moda en el saber, genérico campo cultivado con metodología mudable, que no escapa a la evolución, y a menudo descuidamos el horizonte que otea nuestra propia vista, el conocimiento directo del tema interesado. Como dice René Girard: «En cada época hay una organización del saber».

En ocasiones, para acercarnos al calor de la expresión del alma me parece acertado, si lo contemplamos desde una perspectiva bastante general, el comentario de Childe, cuando dice: «Los pensamientos y las creencias de los hombres prehistóricos han perecido irrevocablemente, salvo en tantos que fueron expresados en acciones cuyos resultados han sido duraderos y han podido ser rescatados por la pala del arqueólogo» (Gordon Childe: *Los orígenes de la civilización*).

La visión humana es condicionada y, por lo tanto, cambiante. La contemplación de un mismo objeto no ha conducido, a menudo, a la misma

imaginación/memoria del hombre (...). «No nos fiemos de nombres aprendidos de memoria en las lecturas sin conocimiento directo del objeto; es mentira y con erudición cuánto sabría,» nos dice Telesforo de Aranzadi.

A esto agregaré que tanto la palabra como el dato aislados son escasamente esclarecedores, precisan, si ello es posible, ser examinados dentro de su medio, entorno o contorno. Pero es asimismo cierto que en muchas ocasiones se mece en el aire la verdad de lo que fue la vida del hombre en tiempos remotos a los nuestros, puesto que construimos nuestro mundo teórico apoyados, con firmeza, únicamente en nuestra interpretación de lo que pasó o fue, sin pensar que el hipotético conocimiento de la realidad nos podría resultar inesperado y sorpresivo.

Aquí tocamos el terreno de la interpretación, en la que ocupa lugar a tener muy en cuenta la interpretación de la *expresión del alma*. Dicho esto recuerdo a aquel aldeano que le compraron un ciruelo para hacer con su madera una escultura que representase a san Pedro. Cuando el escultor remató la obra y la expuso al público, unos comentaban: «Qué belleza de rostro, qué facciones!», otros se manifestaban acerca de lo logrado del vestido, y hubo quien dijo: «Qué bien hecha está la llave, parece de verdad!». Cuando al antiguo dueño del árbol le correspondió emitir su opinión, se expresó de esta manera:

«Gloriosísimo san Pedro
Yo te conocí ciruelo
Y de tu fruta comí;
Los milagros que tú hagas
Que me los cuelguen a mí».

(Esto lo tengo recogido de *Cuentos folklóricos españoles del siglo de Oro*, de Maxime Chevalier). Puesto que he mentado la palabra *cuento* señalaré que esta voz no resulta conocida en la Edad Media, no así el verbo *contar*. En este campo de la interpretación es curioso el comentario de un niño que veía y escuchaba por vez primera a una orquesta. Esto ocurría en el parque de *Alderdi Eder* de San Sebastián, y el hecho es rigurosamente cierto y contado por una persona a la que muchos de Vds. conocerán. El muchacho en cuestión, al contemplar los rápidos y violentos movimientos del director se limitó a comentar con el mayor convencimiento: «Lo que tiene que trabajar ese hombre para entretener a los que no les gusta la música».

Antes de que se me olvide, y el Olvido es Obra del diablo, quiero dejar constancia de lo que en el sentido interpretativo acerca del origen del Carnaval me expuso con encantadora sencillez una mujer de un caserío de Altzo —el pueblo del renombrado Gigante» «*Altzoko Aundia*», Miguel Joaquín Eleicegui (1818/1861). En versión recogida fielmente, la aludida mujer me dijo lo siguiente:

«Amabirjiñak Jesus elizan sartu nai zun eta Aurra ostutzeko bildurra zeukan. Au gertatu ez zedin, Aurra ez lapurtzeagatik, Karnabala sortu edo jarri zun. Amabirjiñak jendia festan entretenigarri jarriaz bere Umea elizara eramán zun, iñor konturatu gabe».

De todas formas es conveniente que el teorizante conozca el hecho a interpretar. Teniendo en cuenta que esta disciplina nos recuerda a la casa del

jabonero, donde el que no cae, resbala. En una hoja del calendario de Arantzazu de hace tres días leía: «Lehenik pratika, gero predika».



Hasta tiempos que nos ha tocado conocer, la evolución o cambio de la forma de vida en la comunidad rural ha sido lento, el mundo vivido por el padre lo experimentaba asimismo el hijo, y esto así en varias generaciones, si la colectividad no se veía afectada por hechos de diversos signo que alteraban el normal discurrir, como ha sido el caso de una contienda bélica.

No es la primera vez que apunto que característica muy acusada del mundo rural ha sido, y es, la predisposición, dentro de un marco de costumbre/ley vivido y sentido, a colaborar en las más diversas normas de conducta. La humanidad se ha movido durante un dilatado período de tiempo en derredor de unas instituciones que nacen de su misma naturaleza. Pero nuestro cometido de hoy o «gure gaurko bete bearra» no va en esa dirección.



Por la oportunidad que me ofrece la proximidad de la fecha, en un mes no muy rico en conmemoraciones que rompen la monotonía diaria, tendré un recuerdo a las fiestas del apartado y solitario barrio de Altzola, de la villa guipuzcoana de Aia.

El barrio de Altzola lo completaban, cuando yo lo visitaba con alguna frecuencia, seis caseríos habitados. Estas y otras notas, que próximamente espero publicarlas bajo el título de *La huella humana en los barrios de Altzola y Laurgain, de Aia*, las tomo en gran parte en el caserío «Arriarte» (Altzola), donde encuentro *el calor de la huella humana*, y desde cuya puerta avistamos la ermita de santa Engracia, en Aizarna, villa de Zestua, así como el barrio de Erdoista, de Régil, de iglesia de planta circular, y los montes Ernio, Aizkorri e Izarrait.

Pues bien. Al anoecer del día de Todos los Santos o «Santu Guztin Egunen» los jóvenes de este modesto y apenas conocido barrio de Altzola que pertenecían al grupo del «Mutil Ardoa» –que con cierta licencia lo traduciré por «el vino de los jóvenes»–, nombre que sin mucho esfuerzo nos asocia a la fiesta, como digo, pues, los jóvenes integrados en el «Mutil Ardoa» se congregaban en lo que llamaremos local social, un caserío cuyo nombre omito, puesto que todos los años no solía ser el mismo.

En la asociación mentada ingresaban los chicos que habían recibido la Segunda Comunión o «Komunio Aundiya», a los doce años.

En esta reunión o «Mutil Ardoko Junta» del primero de noviembre se designaba a los dos llamados «giltzerok» o responsables de la agrupación. Paso por alto algunos detalles para decir que años atrás, al atardecer de la víspera de san Ramón –18 de noviembre– los «giltzerok» se aprovisionaban de uno o dos pellejos de vino o «zagi ardoak». Era el denominado «mutil ardoa» o vino de los jóvenes, que lo compraban en el pueblo de Aia y lo acarreaban valiéndose de una carreta rural exageradamente chirriante. En el centro de reunión, entre trago y trago proseguía la alegre exteriorización del ambiente que prolongaba la fiesta en honor del santo Patrono. Anotaré que

las llaves o «giltzak» de la habitación donde guardaban el vino se hallaban en poder de los «giltzerok», de estos «giltzerok» que hacen historia. Llave = «giltza», los que tenían la llave «giltzerok».

Para la hora de la Misa Mayor del día de san Román llegaban los txistularis o «danbolinteroak» de Aia, que intervenían en el pórtico de la iglesia y, dentro de ésta, durante la Consagración de la Misa. A continuación del acto religioso se bailaba el «auresku» delante del templo.

Por la tarde tenía lugar la romería o «erromeria» en la plaza o en un «mandio», en este caso la parte del caserío donde se guardan los aperos de labranza, etc., del caserío.

A las diez de la mañana del segundo día de fiesta se celebraba la «mutillen meza» o misa de los jóvenes, y en ella uno de los «giltzerok» pedía para las necesidades del templo parroquial del barrio. La romería de tarde y noche ponía fin a la diversión.

En Altzola se ha festejado el tercer día de san Román o «san Roman irugarrena». Por la mañana los jóvenes partían en la cuestación que recibía el nombre de «ollasko biltzia» (recogida de pollos), con música de acordeón. Todos llevaban la boina respectiva y vestían blusa o «brusa», pantalón corriente y un pañuelo de seda al cuello o «sedazko paiñelua lepon». Lucían peales o «azmantarrak» blancos de lana y calzaban abarcas. En un varal o «sardaia» que dos jóvenes cargaban al hombro, ataban por las patas los pollos y gallinas que recibían de obsequio. Se desplazaban de caserío en caserío, llamaban de puerta en puerta y bailaban al suelto un par de piezas en cada visita. Pero en el saludo a la familia del fallecido en el año, en la casa en luto, el baile se convertía, previo desboinado, en el rezo de un Padrenuestro o «Aitagurea» o una Salve o «Salbea», y la alegre algarabía se reducía a silencio respetuoso.

Por la noche del «san Roman irugarrena», la juventud —chicas y chicos— comía las aves, se reunían en la cena llamada «ollasko jatea». Más tarde, el baile con música de acordeón o «soinutxikia» en el mismo caserío, cerraba las fiestas. Añadiremos que el grupo del «Mutil Ardoa» obsequiaba con vino a todos los presentes en la fiesta. Expresión del alma de un pueblo, en este caso de una humilde comunidad.

La mayor parte de lo que he señalado de Altzola es evocación, una evocación cada vez menos concreta, más débil, más lejana. Este barrio cargado de historia secular desaparece por consunción, por imperativo de los tiempos, y ello nos recomienda hacer de notario.



Y presto mi atención al ayer porque es de esta manera cómo se puede explicar el proceso evolutivo que rinde en el presente de algunos pueblos. Esta advertencia la considero de importancia capital, puesto que en derredor de ella gira la respuesta que con mejor o peor fortuna puedo dar al enunciado de mis palabras.

La celebración/fiesta seguía a algunas labores de labranza llevadas a cabo dentro de un espíritu de solidaridad y, con frecuencia, con carácter de reciprocidad. «Artuk emanakin du saborea», dice un viejo refrán, y puesto que

he citado al refrán, agregaré que en el refranero tenemos una orientación válida para asomarnos a las costumbres de nuestro pasado.

La tarea de preparar el lino se hacía entre varias personas, y esta reunión de motivo laboral –la «liñugintza»– no se hallaba exenta de contenido festivo, según pude escuchar en Eskoriatza.

La «liñugintza» organizaban ordinariamente las jóvenes, y a ella invitaban a los chicos. La parte festiva comenzaba al atardecer y se prolongaba hasta bien entrada la noche. La joven o las jóvenes de la casa ponían el pan y las de fuera contribuían con leche para la merienda.

Los chicos no echaban de menos el vino, y todos, el grupo, cantaban con acompañamiento de pandereta, acordeón, etc.

Las jóvenes, con el correspondiente útil de trabajo, producían un sonido rítmico y peculiar, dentro del quehacer de la preparación del lino. Al aludido ritmo entonaban una letra –que no me pude hacer con ella– que variaba según el número de chicas enfrascadas en la labor. Rematado el menester, los jóvenes acompañaban a las chicas a sus casas respectivas, llevaban a cabo lo que se llama «neska laguntzea». Y en este dirigirse de noche a casa recuerdo lo que le ocurrió a una joven que iba sola. En la oscuridad se escuchó cómo las brujas dijeron: «Egune egunez koantzat, gaube gaubezkoantzat, eta Katalintxo neretzat». (El día para los del día, la noche para los de la noche, y Katalintxo para mí). Aquella joven desapareció para siempre, no se supo más de ella. La llevaron las brujas. A ellas pertenece la noche.



El trabajo en su vertiente festiva tiene también su proyección en el deporte del País, en la leyenda y en los entretenimientos o juegos, como es el «arotz mailu jokoa», que le conocí en Baigorri. «Arotza», en Baigorri y en otras zonas de Navarra es «herrero», así como en Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, es carpintero.

Pues bien, el herrero o «arotza» que tomaba parte en el entretenimiento denominado «arotz mailu jokoa» así con la mano el agarradero de un martillo pesado y, en posición de firme, procuraba elevarlo de revés, hasta tocar con la cabeza de la herramienta su nariz.

Sin alejarnos del calor de la fragua, otro juego, practicado asimismo en Baigorri, es el de «arotz burdin gorritzea», que consiste en martillar o «mailukatu» sobre el yunque y en frío una pieza de hierro, y ver quién era el que en menos tiempo lo ponía rusiente para, seguidamente, encender un cigarrillo con ella. El «arotz burdin gorritzea» es un juego rápido y breve, de un minuto aproximado de duración.

En el campo trabajo/fiesta recordaré también la pantomima carnavalesca que tenía lugar en Yabar-Arakil, hasta hace unos setenta y cinco años. El principal número festivo de este pueblo navarro giraba en torno a la familia «Aitezarko». Junto al «Aitezarko» figuraba su mujer, la denominada «Landarra» y por «landarra» se conoce también el Yabar el apero de labranza llamado trapa, «aria», «arria», «arrea», etc.

De nexa con la actividad laboral, y como una de tantas pruebas de espíritu de solidaridad festiva traeré a colación la letra que, entre otros

pueblos, cantaban en la cuestación que llevaban a cabo el Domingo de Carnaval, en la aldea alavesa de Heredia, y que decía:

«Bendita sea esta casa
Y el albañil que la hizo
Que por dentro está la gloria
Y por fuera el paraíso».

Pero añadiremos que el albañil no es tan sencillo y modesto como parece, puesto que cuenta con su dios particular, con el dios Tutela, que cuida de estos trabajadores manuales. Se debe tener en cuenta también que sacados de los útiles de trabajo del albañil son algunos símbolos de la francmasonería.

Si nos fijamos en el aspecto humano del ferrón, importante y poco estudiado –no todo es número, producción, en primer término debe estar el hombre–, veremos que aquellos «olagizonak» o ferrones no se olvidaban de celebrar las diferentes conmemoraciones festivas que les deparaba el ciclo anual, aparte de que en ellos podemos tener el origen o inicio de las «toberrak» o toberas, en sentido e intención opuestas al toque del cuerno o «adarrak», a la joven en la noche de la víspera de su boda.

En la obra *Ferrerías en Legazpia*, de Ignacio Arbide y otros, leo que los dieciocho «pealleak» que representaban a sus respectivas ferrerías de Legazpia bialaban el «kapela-dantza» o «auresku», cuando estaban de fiesta. Esto me recuerda al «zortziko» que bailaron un día de Santiago los trece «urtzalles» o fundidores de las ferrerías labrantes del Valle de Oyarzun, según nos dice Manuel de Lekuona en su libro *Del Oyarzun antiguo*.

Entre las anotaciones de la ferrería vizcaina de Sarricolea correspondientes al año 1797, me encuentro con la siguiente:

«A los oficiales la noche de Carnaval que andaba la ferrería, por ser costumbre les di dos azumbres de vino».

En el mismo obrador, en el año 1801: «Convite dado a los oficiales según costumbre con motivo de Carnaval».

Sin abandonar esta ferrería de Larrabezua pasaré a la festividad de Navidad. En sus cuentas correspondientes al año 1778 se anotaba: «Una arroba de bacalao en cuatro pescados, para los cuatro de la ferrería, por Navidad».

En la ferrería de Azkue la Nueva, de la villa guipuzcoana de Ibarra, celebraban la onomástica del patrono, quien obsequiaba con vino a sus operarios, y su señora, Ignacia Bereciartua en los años de trabajo de mis informantes, en su casa les invitaba a café, coñac y anís, el día siguiente a san Ignacio o «san Inazio biramonean».

El patrono de la ferrería de «Bernakolea», en el barrio de «Berna» en Amorebieta-Zornotza, entregaba a cada obrero cinco pesetas para vino, en los días de fundición.

Aunque abandonemos el predio festivo, este predio de modesta celebración festiva; pero de hondo calor humano, es de interés señalar, puesto que ello nos acerca al espíritu de algunos de aquellos «olagizonak», que para ellos no todo era trabajo, mesa y fiesta, sino que ignoraban asimismo el ejercicio de la caridad, como lo corroboran los apuntes siguientes:

Ferrería de Sarricolea.

«Febrero de 1828. A los oficiales de la ferrería, para la limosna del Carmen, catorce reales».

«Enero de 1830. A los oficiales de la ferrería, para la limosna del fraile del Carmen».



Avancemos un poco.

De la mano de la mutación de los hábitos de vida nos acercaremos al medio urbano. En líneas generales, al ocuparnos del solsticio de verano, identificado entre nosotros con la celebración de la festividad de san Juan Bautista, no olvidamos al sol –«la lucerna del mortal», como le llama Dante–, al agua y a la presencia del mundo vegetal en sus diversas formas; en una palabra, tenemos presente a la Naturaleza.

«San Joaneke esku baten sua eta bestean ura» –San Juan, en una mano fuego y en la otra agua–.

Abstracción hecha de la hoguera solsticial, que flamea de manera indistinta al ambiente que le rodea, lo que acabo de señalar acerca del espíritu de la fiesta en razón del 24 de junio nos aproxima a los ritos naturistas, nos transporta al escenario más idóneo para su práctica, que es el que más en contacto se halla con la Naturaleza. Pero, esto así, conocí en un medio urbano a un «kaletarra», nacido y cuya vida había transcurrido siempre en la calle, que al anochecer de la víspera de san Juan Bautista salía de su casa y se desplazaba al monte para recoger hojas de saúco o «intsusa».

En el mismo día quemaba las que conservaba del año anterior y las nuevas las introducía en varias botellas, que las dejaba debidamente encorchadas. A cada botella le colocaba el marbete correspondiente, que decía: «Intsusa» –«Saúco».

Después, sobre cualquier herida que tuviese él o alguno de su familia ponía una hoja de las recogidas en el atardecer del 23 de junio y la dejaba atada por medio de una venda. Aquí nos encontramos con un caso de fidelidad a nivel individual, de una costumbre de raíces rurales, recibida de sus mayores y poco frecuente en la colectividad urbana.

La matanza de cerdo, tan corriente en la economía rural doméstica de distintos espacios geográficos, nos recuerda a una norma cuidadosamente observada en el medio urbano, en el medio regio, en este caso, según nos describe E. Cornelio Agripa –filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V– en su *Historia de la doble coronación del Emperador en Bolonia* –1530–. «El día 9 de abril, a las 9 de la mañana –puntualiza Cornelio Agripa–, se puso un buey entero en el asador (...). Se colocó delante de la casa del rey; dentro del buey había un cerdo y dentro de éste un pato y una gallina, según costumbre inveterada de la coronación de los reyes».

En este caso nos hallamos ante una conducta ritual que puede estar influenciada por el entorno.



Pero más de una norma de comportamiento rural pierde su sentido primigenio y se urbaniza. Un ejemplo de lo que acabo de apuntar lo tenemos en la «txalaparta», que si la traigo a colación es porque al hablar hace unos días por teléfono con la agrupación «Ortzadar» me pareció percibir su soni-

do peculiar, familiar en muchas celebraciones y en numerosos programas festivos de nuestros días, tanto de pueblo como de ciudad.

En el caserío «Soroeta Aundi» de Lasarte, emplazado en la parte que hasta hace poco perteneció a Hernani, no se dejó de tocar la «txalaparta» en las ocasiones señaladas por tradición familiar, según pude saber por mi buen amigo el hoy octogenario Pello Zuaznabar, nacido en el mentado solar, hoy desaparecido, cuyo umbral lo traspasé hace ya bastantes años.

Cuando así procedía, y es prolijo enumerar las ocasiones festivas indicadas para ello en el transcurso del año, los dos responsables de interpretar la «txalaparta» se colocaban delante de la puerta de acceso al caserío. Uno de ellos cogía un cuerno, procurando que éste fuese de buey, por su gran tamaño, y con tres toques o «adarra jo» seguido de otro más largo dados en dirección a la calle anunciaban el comienzo de la correspondiente celebración festiva.

La «txalaparta» tañían entre dos, como llevo dicho. Para ello, y en proceso preparatorio para su cometido, dejaban en el suelo, y separados por un metro treinta centímetros, dos cestas modelo «lepo-otarrak», que se cargan al hombro. Encima de cada cesta ponían el respectivo fajo pequeño o «sorta txikia» de hojas de maíz secadas a la sombra, sobre las cuales extendían un tablón de madera de cerezo o «geizia», bien seco, de metro y medio de largo por veinticinco o veintiséis centímetros de ancho por diez de grueso, aproximadamente. Rematada esta labor, cada uno de los dos intérpretes o «jotzailleak» cogía dos palos de madera de castaño de unos cuarenta y cinco centímetros de largo por ocho de diámetro y se enfrascaban en la tarea; el «tuku-na» o «bikoa» y el «laukoa» sonaban en alegría contagiosa que pregonaba fiesta. En la «txalaparta» tenemos, pues, una prueba de evolución manifiesta, en la verdadera acepción de la palabra. Los detalles que he facilitado creo que pueden ser útiles para alguno.

En el ayer del mundo urbano todos sabemos la importancia que ha tenido la organización corporativa, que la tengo algo estudiada en mi libro *Gremios, Oficios y Cofradías en el País Vasco*. La presencia pantomímica de los distintos oficios o trabajos manuales no podía faltar en un escenario festivo, como lo corroboran los versos que compuso Juan Ignacio de Iztueta en 1845, en el mismo año de su fallecimiento, al «Iñaute» o Carnaval de Tolosa. Se trata de una composición poética más o menos feliz; pero de un estimable valor para acercarnos, por medio de una representación festiva, al conocimiento del pueblo.

«Tolosako gazteria leialak 1845 garren urteko zaldun-iñute egunean beren erriko languin maisuak irudikatuaz plazan eguitera dijoazen jostallu atsenguingarriak».

Después de este indubitable aunque nada conciso título, el coreógrafo de Zaldibia canta a modo de presentación:

«Zaldun-iñote egun gozo au
dutelako guztiz pozgarria,
jostaldiatu ni genduke guk
maite degun jaiotz-erria:
izanik bada Iñoteria

apropos artako jarria
kantuz plazara
gatoz dantzari
gaur Tolosa-ko
gazteria».

A continuación se citan distintos oficios recordándonos su respectivo menester. Oficios, algunos de ellos desaparecidos pagando tributo a la vida en evolución.

«Guraiza txorotxalle
eta tonelguiña,
erakustera datoz
beren lan eguiña:
izan ezkerotzanik
merkea ta piña,
salduko da Tolosan
nai duten adiña».

I

II

«Dendari abilla ta
arotz jakintsuna,
badakizu Erria
etorri zaizkuna:
modara apaintzeko
auxen da fortuna
bientzako Tolosa
txit da leku ona».

«Errementaria eta
perra ifinlea
bata gain-gañekoa
bestea obea:
ezagutuko dute,
agudo ordea,
burni eta mandoaren
matxura gordea».

IV

V

«Zapataguiñarekin
eun-kolaria
gau eta egun oi dago
nekeria jarria:
langintza mea dute
baiñan txit garbia,
ustelak ezpadira
larru eta arria».

«Pertz-arabatzalle ta
txokolateguiña,
gueiengan ba dute
oek zer eguiña:
bata nekatu arren
bestea adiña,
irabazia dute
gutziz desberdiña».

(El afilador de tijeras y el tonelero vienen a enseñar sus trabajos, puesto que son baratos y bien hechos, en Tolosa venderán cuanto quieran).

(El inteligente tendero y el sabio carpintero sabemos que han llegado al pueblo; es una suerte para adecentarlo a la moda: Tolosa es un buen sitio para los dos).

(Con el boinero el artesano peluquero, rizando sabe hermohear el pelo: vaya idea para enriquecerse pronto, si tuviesen siempre quehacer).

(El herrero y el herrador, si el uno es bueno el otro mejor; pero pronto conocerán estos el hierro y el oculto mal del mulo).

(Con el zapatero, el tejedor está acostumbrado a cansarse día y noche; tienen el trabajo fácil pero muy limpio, al menos si no están podridos el cuero y la piedra).

(El calderero y el chocolatero casi siempre tienen trabajo; pero aunque se canse uno tanto como el otro, la ganancia tienen muy distinta).

Prosigamos.

La vida en el mundo urbano se caracteriza por la expresión acusada de su espíritu receptor, que trae consigo la evolución cada vez más acelerada de sus costumbres. Aunque esto no vaya siempre en detrimento de la conservación de algunas conmemoraciones enriquecidas con la pátina del tiempo, y que cuentan con la adhesión activa del pueblo, y que figuran junto a otras cele-

braciones, sin pulso y sin alma, que llegado el momento se sacan del baúl de los recuerdos, ante la indiferencia del hombre de nuestros días.



Una división, en *línea recta*, diría yo, y esto lo subrayo, de la conducta del hombre rural y urbano, en razón de algunos ritos, y el rito es lo opuesto a lo espontáneo, ofrece alguna dificultad en más casos de los que parece, si escapamos a un estudio ligero y superficial. Resulta suficiente que miremos un poco al pasado de más de una comunidad, hoy de predominio de modelo urbano, quizás más reciente de lo que parece, para encontrarnos con normas de conducta que nos descubren sus raíces rurales, no secas o muertas todavía, y que el hombre las ha acomodado dentro del curso evolutivo de su mundo, en el cual se halla inmersa la vida. Proceso mutable del cual, en mayor o menor grado, nadie ni nada escapa, incluido el paisaje, la panorámica al alcance de nuestros ojos, que, con frecuencia, se transforma más de lo que uno quisiera. Mas enhilando el tema repetiremos que la demarcación del campo rural y urbano, dentro de la materia interesada, es difícil de llevar a cabo, en más de una ocasión, y el solo intento de realizar una diferenciación en el extremo anotado —contemplado éste en cierta profundidad— escapa a los límites de esta disertación. Si apuntaré, empero, que hay sentimientos —espíritu— que son comunes al hombre de la calle y al del campo, que satisfacen y dan respuesta a motivaciones idénticas, aunque se exterioricen de manera diferente (Apodos, ferias, formas de divinación, como el auspicio, agüero, etc.).



Regoyos y Verhaeren escriben: «Que las fiestas vascongadas tienen un carácter tétrico por mucha alegría que se les quiera dar». La observación puede ser atinada en términos generales y de recibo también para otras áreas geográficas, y agregaré que es asimismo válida a la inversa, puesto que los hechos más penosos y adversos se han transformado, en ocasiones, en reuniones donde no han faltado la algarabía y el buen humor.

Acude a mi magín la «gau-bela» o el pasar la noche en vela al cadáver. A los que prestaban este humanitario servicio es fácil que les obsequiasen con la cena y una o más tazas de chocolate, o con vino y galletas, etc., durante la noche, y en la misma habitación donde lo tenían al difunto, y esto lo tengo recogido en Larraul, jugaban a cartas y el perdedor se encargaba de rezar un Padrenuestro o «Aitagurea» que seguía al entretenimiento, el «Aitagurea» que daba de nuevo paso a los naipes. Tampoco olvidaré la comida o cena que venía después del funeral, y que recibía diferentes nombres en vasco, cuando los «muertos enterraban a los vivos», en acertada frase de Pablo de Gorosabel, y que fueron reglamentadas por numerosas disposiciones de escasa efectividad. Y es que las costumbres sentidas por la comunidad no se arrinconan y se olvidan por decreto, desaparecen ellas solas cuando poco o nada representan para la vida del correspondiente tiempo.

Voy a cerrar mi intervención con el recuerdo a un hombre vinculado a Navarra. Este año celebramos el centenario del nacimiento del ilustre hombre de las letras vascas Nicolás Ormaechea «Orixe», a quien tuve la suerte de

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA

conocer y tratar. «Orixe» era de Oreja u Orexa y se crió en Huitzi, en el Valle de Larraun. De su poema «Euskaldunak» son los versos siguientes, que nos llegan oportunos al empeño objeto de nuestro interés:

«Illaren bizkar ase nai eta
Apezpikuak gaiztetsi;
eskomikuak keīnatuta are
sabelak ezin siñetsi.
Naiz Bataioan, naiz Eztaietan,
ez ainbat ardo ta zitzi...
Ezkurrarraren kontu bitxia
esanik nai dizut utzi:

(El Obispo condenaba esas comilonas a costa del difunto; y aunque amenazase con excomuniones, el vientre no obedecía. Ni en el bautizo ni en la boda se consumía tanto vino y tanta carne. Voy a contar la graciosa historieta de aquel habitante de Ezkurra).

«Gizagaiso bat iltzear zegon.
Semeak koko-erritik
illetarako ardoa dakar
-oiñak zaizkion artatik-
-‘Aita, diotsa, illetarako
ekar dut Peraltakotik’.
-‘Ikusi, seme, nolakoa dan’...
Txurrua artzen du basotik...».

(Había un pobrecito que estaba en trance de muerte. Su hijo había traído de la Ribera el vino para los funerales, de aquel (vino) que le nacen pies. ‘Padre, le dice, he traído vino de Peralta’-. ‘Veamos, hijo, qué es’ y toma un traguito en el vaso).

«Ilkizunetan aari bizkor bat
bizirik, Eliz-barnean
‘Domine Iesu Christe’ entzun arte
daukate Eliz-atalean.
Orduan sartzen ‘opera’-rako.
Eskaiñia dutenean,
bereela atera, aragi egin,
apaizentzat bazkaltzean».

(Durante los funerales meten su carnero vivo en la iglesia. Lo tienen aguardando en el atrio hasta que se oiga el «Domine Iesu Christe, que es cuando lo meten para la ofrenda. Cuando ya lo han ofrecido, lo sacan enseguida y lo sacrifican para la comida de los curas).

Espíritu de un pueblo. Repetiré lo dicho por Gorosabe: «Los muertos enterraban a los vivos». Repetiré asimismo que las costumbres no se olvidan por decreto, se arrumban y se olvidan cuando poco dicen a la vida de una comunidad.

Nada más. Muchas gracias.